

Arroyo

53

EL ESTIVANTE



PRECIO

25 CT

SUMARIO:

Los estudiantes y la política.....	<i>Editor al.</i>
A los jóvenes estudiantes.....	<i>Fernando de los Ríos</i>
Rebeldía.....	<i>Arturo Pérez Martín.</i>
Aurora estudiantil.....	<i>Luis Araquistain.</i>
Nuestro deber.....	<i>Florentino M. Torner.</i>
Charlando con Mario Sáenz.....	<i>Salvador M.^a Vila.</i>
Un catedrático.....	<i>Luis de Tapia.</i>
La conferencia del Dr. Sáenz sobre «El derecho y la fuerza».....	
Huerto de invierno (Verso).....	<i>Juan Rejano.</i>

PANORAMA ESPIRITUAL: El homenaje de la juventud intelectual a Mario Sáenz.

NUESTROS HÉROES: St. Simon.

AIRE LIBRE: Manía deportiva.

GAUDEAMUS!

Portada, dibujos y viñetas de JULIO NUÑEZ

PRECIO DE SUSCRIPCION: 3 Pts. AL TRIMESTRE:

REDACCIÓN: DR. RIESCO, 58, TRIPDº. (JARDIN).—SALAMANCA

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.



SALAMANCA, DOMINGO 7 JUNIO 1925.—NÚM. 5.



Los estudiantes y la política.

VOCES amigas, voces medrosas y voces de cautela que nos llegan de muchas partes, recatadas entre otras francas de aliento caluroso, nos obligan a puntualizar desde ahora la posición de nuestro periódico en este problema, fundamental para el movimiento estudiantil. La gente quiere saber, y debe saberlo, si este ESTUDIANTE, que aspira a ser centinela de avanzada de las luchas escolares, ha venido al mundo a guerrear por *estos* o *aquellos*, a batallar contra *aquellos* o *estos*, a «hacer política», en el sentido usual de este vocablo viejo y eterno.

Desde el primer día dijimos, en nuestro llamamiento a la clase escolar, que el estudiante tenía una ciudad propia, un Estado propio dentro del Estado, y en él se han de desenvolver sus luchas y sus afanes. El estudiante no ha de considerar sus años de vida académica como punto de transición y etapa de camino hacia el título profesional, sino como una posición ya perfecta en sí, y una de las más nobles de la sociedad. Dentro de ese Estado es el estudiante ciudadano y como tal debe ejercer sus derechos de ciudadanía o luchar por imponerlos cuando de grado no se le concedan. Y la ciudadanía es, cuando es algo, participación en la organización y en la marcha de la colectividad. Esta participación es la «política», en su concepto indeleble, hoy tan degradado. Esta «política», política académica, política de enseñanza, es la que el estudiante tiene que hacer, antes que ninguna otra, y la que nuestro ESTUDIANTE quiere encauzar. Política de depuración de este mortífero ambiente de todos nuestros centros de enseñanza y política de reconstrucción del nuevo edificio sobre cimientos totalmente nuevos.

Pero, esto exige que el estudiante sea ciudadano académico activo, verdadero ciudadano, y no esa cosa triste que hoy es, por culpa de sus propias culpas seculares y por la abyección del aire espiritual que respira: vasallo enfeudado, material humano, recluta académico, mísero pordiosero del «aprobado». Hacer del vasallo

estudiantil un ciudadano, del siervo académico una persona, del espiritualmente niño sujeto a tutela un hombre, ha de ser el primer paso, la primera etapa del movimiento de liberación escolar. Hay aun, dentro de la Escuela, una esclavitud espiritual, fuente y raíz de otras muchas esclavitudes y caudillajes. Abolirla, ha de ser la mira inmediata y más ardorosa de la masa estudiantil. He ahí su «política», la que directamente le toca.

Mas esta ciudadanía universitaria no debe ahogar en él la otra ciudadanía humana superior en que aquella vive y se desenvuelve. La Universidad estudiantil no es una casta, ni un gremio, ni una profesión de cuadros cerrados a la vida de fuera. La grey estudiantil no vive en un claustro conventual donde todo duerme o guarda su ritmo sosegado, mientras del otro lado de los muros se debaten los grandes problemas de la existencia nacional.

La Universidad, si ha de ser algo, algo vivo y fecundo, tiene que ser palanca removedora del espíritu de un pueblo y ofrecer desde sus cátedras el fermento de vitalidad que le sostenga o le haga resurgir de su postración.

Laborar así por el porvenir de nuestro país, debe ser la política del estudiante. Desde la Universidad y a través de ella, como germen de nuevas generaciones de directores y de guías.

Y cuando la Universidad sea cuerpo muerto, pasto de gusanos, trinchera de todo lo viejo y ancestral, entonces el estudiante deberá descender a la calle, buscar el aire libre y sondear en la entraña del pueblo y de sus hombres hasta encontrar el fuego sagrado con que encender el hogar ideal de su Universidad nueva. En ese hogar es donde se forjan las naciones redimidas y purificadas de todo atavismo regresivo.

El futuro de nuestra España, de la España de nuestro espíritu, está, hoy como siempre, en manos de la juventud estudiantil. Velar por ese espíritu y avivarlo y encarnarlo en realidad: tal debe ser el anhelo ideal de su política.

A LOS JOVENES ESTUDIANTES

LEGARÁN algún día los estudiantes a solicitar apremiantemente de los Claustros que los profesores les presten atención, requieran sus observaciones, escuchen sus inquietudes y sean para ellos los guías espirituales de que han menester en la época turbulenta de la vida que decide a menudo del porvenir? No sé cuando acontecerá esto, mas de lo que estoy persuadido es de su necesidad perentoria; y el día en que les vea entrar en manifestación para pedir que la *Universitas* sensibilice su espíritu y los profesores descendan del sillón, se dejen interrogar y abran las puertas de su cuarto de trabajo, no a los clientes, sino a los estudiantes, ese día principiaremos a creer en la transformación vital de la Universidad.

Al leer que algún profesor de renombre del Claustro de Madrid, tras un viaje a Universidades norteamericanas, retorna y falla que las nuestras no tienen nada que ambicionar en esencia a las de muchos pueblos prósperos, mi estupor ha subido de punto, no obstante ser muy alto el punto a que el estupor se vé compelido cotidianamente en nuestra tierra amada. ¡Pero si la Universidad nor-

teamericana tiene gérmenes tales que, no ya quien va allí salido directamente de nuestras Universidades-hipogeos, sino los que llegan de pueblos tan vivos y encendidos como Francia, se sorprenden y reconocen que tienen mucho que aprender! ¿Es este el modo de sembrar anhelos, de disparar hacia un mañana mejor el querer de nuestra juventud?

Que en estas columnas abiertas a la esperanza universitaria, veamos desfilar los limpios ideales de nuestros jóvenes; que hablen de ellos en EL ESTUDIANTE; esta es su casa y la nuestra; en ella vamos a encontrarnos todos.

Yo requiero a mi vez a aquellas «Asociaciones» que algunas veces se me dirigen para que comparezcan y nos digan, como en la profesión de fé del «Vicario Saboyano», qué lenguaje es el de la «Simplicidad de su Corazón.» Labremos aquí el hogar de cultura cuidando con el mayor cariño posible lo que ambicionamos fortalecer. Y nosotros, profesores, no olvidaremos, que nuestro más alto deber es soliviantar noblemente las conciencias.

FERNANDO DE LOS RIOS

R E B E L D Í A

HEMOS oído que EL ESTUDIANTE es un periódico rebelde. ¡Cuanto nos place! Nos agradan los jóvenes estudiosos, pero de rebelde pensamiento. El origen de todo progreso está en la disconformidad con lo existente. Los años hacen a los hombres conservadores; no conocemos nada más horrible que una juventud conforme con lo de hoy o jimplando por resucitar lo de ayer. La copla de la juventud ha de ser la contraria a la de Jorge Manrique:

¡Cualquiera tiempo pasado fué peor!

Ya vendrá la madurez de juicio cuando pasen los años, y antes de la vejez se comprenderá que no todo lo antiguo fué malo, ni todas las utopías juveniles hubieran sido buenas.

La rebeldía de EL ESTUDIANTE parecerá vituperable a muchos profesores; sus rudos golpes contra venerandas tradiciones, sus generalizaciones demasiado crudas, parecerán mazazos injustos, improcedentes o irreflexivos; preferirían el meloso y soporífero ditirambo: «Nuestro sabio Rector...»; «el eminente catedrático...»; «el joven y cultísimo profesor auxiliar...».

Nosotros estimamos más sano el espíritu inquietante; creemos eficaz la petición urgente; percibimos un sonido básico entre la algarabía de las voces desordenadas cuando claman cada una por una reforma inaplazable.

¡Edificios, calefacción, bibliotecas, material, buen profesorado, cumplimiento del deber por parte de todos los obligados a dar una enseñanza que el Estado paga o debe pagar bien!

¡Y todo en voces y a son de rebeldía! Porque en pliego de papel de a peseta, lo han pedido bastantes veces las asociaciones de catedráticos y de estudiantes. Pero el papel se le ata con el balduque y ya no grita.

Si los estudiantes gritaran, no por bagatelas o en días de jolgorio, sino por cosas fundamentales para la enseñanza, para la sociedad, para la libertad, para la patria, pronto sería preciso atenderles y oírían los sordos.

ARTURO PÉREZ MARTIN

Valladolid.

Aurora estudiantil.

TIEMPOS atrás publicamos en la revista «España» una serie de extractos de algunos de los «libros de texto» que se enseñan en las Universidades españolas y otros centros docentes superiores. Aun regalados, muchos de esos libros serían excesivamente costosos, porque algo, y aun algo, vale el trabajo de leerlos y transformarlos, sin mencionar, en esta época de alquileres prohibitivos, el precioso espacio que ocupan en una casa. Pues a pesar de eso, los estudiantes han de comprarlos a precios tan desmedidos, que más que cifras comerciales parecen variantes del clásico grito de encrucijada: ¡la bolsa o la vida!, o lo que es igual: ¡la bolsa o el suspenso! Una antología, por fuerza voluminosa, de todos esos textos de la enseñanza oficial en que los desatinos más insensatos rivalizan con la ignorancia más estólida, sobre ser un gran negocio editorial como antídoto de la hipocondria, podría servir de base para formar expediente de incapacidad a un crecido tanto por ciento del profesorado español.

Pero el tema no tiene nada de cómico cuando se piensa que en las manos de los hombres que escriben tales libros está la arcilla de las nuevas generaciones, el vivero de los que, mañana, han de ser los directores de la sociedad española. Y sin embargo, había algo más entristecedor que la existencia de tan inepto profesorado, y era la calculada pasividad con que los estudiantes lo sufrían. En todos los pueblos vivos el estudiante ha sido siempre un fermento de renovación, no sólo de las escuelas donde ha de troquelarse su espíritu, sino también de la conciencia nacional cuya articulación y guía le están reservadas.

Cuantos conocieron los medios universitarios y políticos de algunas ciudades inglesas, francesas y alemanas de antes de la guerra, saben lo que eran los estudiantes rusos, indios, egipcios, los estudiantes procedentes de países sin libertad o sin independencia que allí iban, no sólo a preparar una carrera, a distraerse en una profesión utilitaria, sino también a educarse como hombres con un destino histórico en sus pueblos originarios. Y muchos de los fenómenos ocurridos desde entonces en el mundo no se explicarían sin la existencia previa de esos núcleos de estudiantes apasionados que, al contacto de la cultura europea, aprendieron a sentir más hondamente el dolor de sus ciudadanías opresas y a espiritualizarlo en conceptos de dignidad humana. Se adoctrinaban en determinadas técnicas; pero también, y acaso antes, en el deber de ser hombres, en el sentido total de esta suprema palabra.

En otro orden, de América nos llegaban en estos últimos años ecos sorprendentes de un movimiento que por su fuerza ideal y organizada y por la profundidad y clarividencia de sus propósitos apenas tiene antecedentes en la historia moderna. Aludo al movimiento estudiantil que, desde Méjico hasta el Plata, agita todo el continente americano. Interviene en la purificación de las

Universidades, combatiendo a los profesores manifiestamente incapaces, agrupándose en respetuosa hermandad alrededor de los más aptos y sensibles, invitando directamente a notabilidades europeas, y cuando es preciso, protestando de todo atropello e injusticia que se cometa en cualquier región de América y aun de otros continentes. Es tan grande la pujanza de este movimiento—al cual han de atender de igual a igual las instituciones de enseñanza y con exquisita solicitud los poderes públicos—que apenas ha necesitado otro sostén que el suyo uno de los hombres más representativos de la nueva América, el mejicano José Vasconcelos, para que su voz resuene desde el Caribe hasta Tierra del Fuego, con una independencia y una autoridad que ningún otro hombre público hispano-americano podría asumir. En este sentido, los estudiantes representan una de las corrientes espirituales más poderosas y fecundas de la América hispánica.

¿Y en España? También en esto, hasta ahora, éramos una excepción. Por lo menos en el transcurso de las dos últimas décadas. Los estudiantes españoles pasaban, en general, por todo: por los profesores aquejados de modorra mental crónica, por los libros de texto de precio exorbitante y lectura homicida, por los locales infectos e inhóspitos, por los exámenes mnemotécnicos tan del gusto de los tontos con labia expedita y tan funestos para la inteligencia y la reflexión. Se iba a ganar de cualquier modo un título, no una ciencia, y a situarse pronto y brillantemente en la vida, no a servir a la sociedad ni a engrandecerla como historia. La juventud universitaria de estos últimos años era, por lo conservadora ante todas las manifestaciones de la vida, lo más viejo de España. En el drama de las generaciones, el papel de la prudencia, del cálculo, de la adaptación al medio, de la renuncia, casi «ex utero», a todos los ideales, se lo apropiaron los jóvenes. Un crepúsculo gris de senilidad precoz estrechaba el horizonte histórico y cerraba todos los caminos del futuro.

Pero de pronto, algo nuevo se insinúa en la juventud estudiantil española. Todavía no sabemos bien lo que es, ni cuándo y dónde ha brotado, ni por qué motivos inmediatos. Pero una presencia de juvenil inquietud ideal ha entrado de poco tiempo a esta parte en la órbita de las realidades circundantes. Por primera vez, desde hace muchos años, algunos jóvenes de rostro sonriente y alma encendida por quién sabe qué emociones humanas y nacionales, busca a sus compañeros mayores: unos, sus maestros universitarios; otros, guerrilleros de indisciplinado magisterio, pero no por eso menos útiles en la batalla común. ¿Qué pretenden? Acaso tampoco ellos lo saben; pero, por de pronto, romper la inercia e incorporarse con el entusiasmo de su juventud a la historia de su pueblo. Eso es ya mucho, aunque parezca muy poco. Algunos estudiantes españoles comienzan a sentirse hombres y ciudadanos, y lo que no vale menos, también estu-

diantes en el concepto universal que hoy tiene esta palabra, como renovadores de la enseñanza. Así lo dice EL ESTUDIANTE, el cálido órgano semanal de este novísimo movimiento que se publica en Salamanca, en su número del 24 de mayo:

«La masa estudiantil, que es hoy una masa dispersa y malévolamente seccionada por credos ajenos a sus intereses de clase y que para nada tienen que influir en la posición del estudiante, debe organizarse sólidamente para oponer su estrecha cohesión como valladar a todas las vergüenzas y mentiras de la Universidad española. Cuando esa masa, hoy desorientada, sea un cuerpo organizado, se habrá dado el primer paso para acabar con esa explotación abominable de cuantos hacen de la enseñanza, dentro y fuera de los establecimientos oficiales, una dulce siesta o un tráfico repugnante.. La emancipación de la clase escolar, su capacitación para la lucha consciente en los problemas universitarios, será la emancipación, o mejor, la creación de la propia Universidad».

Este lenguaje estudiantil es nuevo en España, porque es también nuevo el espíritu que le informa. Pero no se limita a la renovación de la Universidad, sino que también se dispone «a preparar la verdadera España», «digna de llamarse nación y pueblo». Es decir, la renovación universitaria ha de tener una finalidad histórica, y no meramente la de capacitar a los jóvenes para que se ganen mejor la vida. La Universidad, para que merezca este nombre, no ha de ser sólo uni-

versal en el saber, sino también, y principalmente, en el ser, en la formación de hombres como caracteres o sujetos de conducta. Y, sobre todo, de conducta histórica. Esta me parece la mejor lección de EL ESTUDIANTE, que como buen estudiante moderno, también empieza a enseñar a los que no lo son, y, sobre todo, a sus profesores.

LUIS ARAQUISTAIN

En el interesante artículo de nuestro colaborador don Gustavo Pittaluga sobre *Lo que es una Universidad*, que publicamos en nuestro último número, se deslizaron inadvertidamente algunas erratas que desfiguran notablemente su sentido. A continuación de: «Nuestras Facultades de Medicina...» debe interpolarse: «Nuestras Facultades de Derecho son ya casi exclusivamente escuelas profesionales». Sólo así puede tener una inteligencia lo que sigue. Y hacia el final, donde dice: «La política es...» debe leerse: «La academia es...»

El autor y nuestros lectores sabrán perdonarnos estas deplorables deficiencias, nacidas de la precipitación con que hubo de confeccionarse el número pasado.

La conferencia del Dr. Sáenz sobre «El Derecho y la fuerza»

POR fin, pudo explicar el ilustre maestro argentino su conferencia sobre «El problema de las relaciones entre la fuerza y el Derecho.—La violencia», la quinta del ciclo de lecciones que venía exponiendo en la Universidad Central acerca de Filosofía del Derecho.

Después de su suspensión, luego rectificada, la conferencia era esperada con gran expectación y fué seguida por numeroso público, que al final, y en muchos párrafos aplaudió y vitoreó clamorosamente al eminente profesor.

Este sostuvo que la fuerza, cuando se desborda de los cauces del Derecho y de la

legitimidad para descarriarse por los derroteros del despotismo, degenera en poder arbitrario y en violencia antijurídica, contra la que deben rebelarse los pueblos que la padezcan. Y con fuertes razonamientos de jurista, abonados por textos de nuestros legisladores y teólogos clásicos, proclamó el deber sagrado de la insubordinación frente a las demasías tiránicas y a los desmanes de los poderes llamados a salvaguardar el Derecho, cuando son ellos quienes lo vulneran y conculcan.

Sentimos no poder informar más amplia y detalladamente a nuestros lectores de esta lección de noble magisterio.

Nuestro deber.

SALUDO con efusión a EL ESTUDIANTE. El viene a reavivar en mí una esperanza, que todos los días *moria un poco más*, como una lámpara que se extingue lenta y tristemente. Porque si hay algún espectáculo desconsolador, ninguno lo es tanto como el ver a la juventud indiferente a todo género de valores espirituales, y sobre todo si esa juventud es la de las aulas. Pero ahora ya sé que, al menos, hay un núcleo de estudiantes cuyas almas se orientan hacia las ideas altas y generosas que dignifican y subliman la vida del hombre. Por eso saludo con efusión a EL ESTUDIANTE.

Corren tiempos difíciles. El hombre movido por el sentimiento puro de justicia, la primera de las virtudes según Platón, chocará a cada instante con una realidad adusta y dolorosa. Si no ha de rendirse a las primeras amarguras, necesita dar a su alma un temple heroico. ¡Oh, gran Joaquín Costa! ¡Oh, maestro Unamuno! Vosotros sabéis mejor que nadie lo que significa la lucha contra un ambiente hostil, cuajado en la ignorancia más impenetrable y espesa.

Porque nuestro enemigo más terrible, ya se ha dicho muchas veces, es la ignorancia. Analfabetismo de blusa y alpargata, analfabetismo de chistera y levita, y aun más alto. Y contra este analfabetismo no puede hacer nada el Estado, porque nuestro Estado... es un Estado analfabeto. Pues así como hay indi-

viduos analfabetos, también hay Estados analfabetos.

Quienes sentimos en lo más profundo los dolores de este desgraciado pueblo nuestro, ¿no podemos hacer algo por evitar que definitivamente muera y se convierta para el historiador en un nuevo recuerdo de algo lejano y para siempre ido? Yo aún conservo la esperanza (y pienso con horror en la posibilidad de verla morir un día) de que las gentes reaccionarían felizmente si una legión de hombres de buena voluntad se lanzase por esas ciudades y por esos pueblos, a través de los campos solitarios, sacudiendo modorras, agitando espíritus, exponiéndoles con palabra sencilla y familiar, de qué manera podría hacerse de nuestro país moribundo un país nuevo. Y esto un día y otro, y un mes y un año y otro año...

¿Por qué, en efecto, no organizar, en cuanto las circunstancias lo consientan, núcleos de propaganda cuyo objeto exclusivo fuera la educación moral y cívica del pueblo, y la cruzada por la escuela primaria nacional? Nuestro lema podría ser el mismo de Costa: escuela y despensa. Y en esta propaganda redentora la juventud estudiosa debe ocupar un puesto de honor. *Edad heroica* se ha llamado a la juventud. Justifiquemos el dictado, que ese es nuestro deber.

FLORENTINO M. TORNER

Huelva, 22-V-925.

«Los hombres que pierden el goce de sus libertades, pierden como los dementes el espíritu. Se degradan a la categoría de esclavos. Y esclavos y dementes son cosas, no existen...»

MARIO SAENZ

Este número ha sido pasado por la censura militar.

«La Universidad nace de las necesidades colectivas del pueblo y no puede subsistir sino sirviéndolas.»

«La colectividad tiene el derecho de esperar que la Escuela, por medio de sus maestros y discípulos, le devuelva acrecentado y transformado en obras útiles, el capital que anticipó a la fidelidad de su crédito...»

«Divorciada de la sociedad o indiferente a sus clamores, no cumple la Universidad su misión...»

MARIO SAENZ

El artículo sobre D. Francisco Giner de los Rios que apareció en el número pasado en la sección de NUESTROS HÉROES era de nuestro colaborador D. Manuel Pedroso. Involuntariamente omitimos su firma.

Charlando con Mario Sáenz.

«EL ESTUDIANTE» hubiera querido dedicar un número extraordinario de homenaje a la preclara personalidad de maestro del Dr. Mario Sáenz, en torno del cual vivió estos días la juventud intelectual y estudiantil española horas de intensa emoción y anhelo.

Por causas ajenas a nuestra voluntad, tenemos que limitarnos a ofrecer a nuestros lectores unos trozos muy someros y mutilados de nuestra breve, pero fuerte y perdurable convivencia de espíritu con este hombre ejemplar, que comparte íntimamente, como propios, los afanes de nuestro movimiento de redención universitaria.

Queden aquí estos leves retazos, con un tributo de rendida veneración y gratitud a la gran figura del pensamiento argentino.

El doctor Mario Sáenz, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, tiene una prestigiosa personalidad de profesor y jurista en su país. Su preocupación central son los problemas de Filosofía del Derecho, pero es también un fino economista a quien los conceptos abstractos no empañan la visión de la realidad material, como demostró en su magnífica conferencia de la Sociedad Geográfica. Ha escrito, además, poesías vibrantes, encendidas de fuego ideal, y en su conversación amena se vislumbra su depurado gusto literario.

Lo que nos interesaba del doctor Sáenz era oír de sus labios cómo entendía él el papel de los estudiantes en la renovación de la Universidad, y, más concretamente, la intervención de los argentinos en la creación de la Universidad nueva, de que él es hoy uno de los más eminentes representantes. Nadie mejor para informarnos de estos vitales problemas, dada su gran significación de guía en los movimientos escolares de su país.

El maestro americano nos recibe con acogedor afecto en aquella habitación de hotel que fué durante varios días hogar de alentadora cordialidad para la juventud estudiantil. Allí nos encontramos con Pedrosa, con Asúa, con Álvarez del Vayo, con Roces, con Giménez Siles, con Garrigues, nuestros buenos camaradas.

El doctor Mario Sáenz, cuyos rasgos fijó tan certeramente Bagaria, es hombre pulcro, de sobria elegancia. Sus ojos, recatados bajo párpados carnosos y tras las gafas de carey, se fijan en uno con insistencia, mientras habla su voz opaca y reposada, con dulces modulaciones argentinas.

Con ardoroso entusiasmo, fogosamente, nos describe su concepción de la Universidad, una concepción que es ya realidad viva en su nación. No basta—nos dice—que la Universidad sea un establecimiento para la formación de capacidades profesionales y la concesión de títulos. Porque el título profesional es un monopolio que el Estado otorga, y de limitarse a ello la Universidad, sería una

fuerza exclusiva de privilegios, fomentaria el espíritu de casta; la Universidad tiene, además, por misión, y misión eminente, velar por la producción científica, debe ser hogar de ciencia creadora, y quienes se hallen incapacitados para una labor científica personal, no deben pertenecer a ella. Y la Universidad debe ser también, para serlo verdaderamente, un órgano de remoción del alma del pueblo y al servicio de sus necesidades. Es espectáculo deplorable—añadió mirando expresivamente a los catedráticos que le oían—el de estas Universidades, que olvidan que viven de la vida del pueblo que las sostiene con su sangre, por él y para él, y no de las veleidades de ningún Gobierno...

El doctor Sáenz había podido ver, en efecto, bien de cerca, lo que eran nuestras autoridades académicas, como pobres instrumentos de la fuerza imperante.

Este ideal de humanidad—nos siguió diciendo el maestro argentino, y aquí entrábamos en la parte más interesante de la sazónada conversación—sólo pudo implantarse en nuestro país, y mantenerse en pie, vivo y fecundo, por la intervención removedora y tenaz de la juventud estudiantil. Ella fué la que con su empuje decisivo contribuyó a sacar de su secular agonía a las Universidades argentinas, en que, hasta la reforma, quedaba tanto de la palidez mortal de las Universidades heredadas de España.

Y refiriéndose ya más particularmente a la Universidad de Buenos Aires—pues cada una de las Universidades del país—Córdoba, La Plata—siguió su trayectoria distinta—nos refiere el preclaro profesor los efectos salvadores, milagrosos, de la Reforma vigente del 18, la que dió intervención a los estudiantes en la marcha de la Universidad y en sus consejos directivos. Fué—nos dice con vivaz alegría—cómo un soplo aventador que arrastró a las momias fosilizadas que sólo mantenía en pie la inercia, a aquellos profesores mentidos que infestaban los claustros y que pasaban por las aulas sin dejar una huella de su obra ni en el espíritu de un alumno, ni en las hojas de un libro ni en los afanes de una investigación. Esos profesores ficticios y mortíferos no pueden darse ya hoy en nuestra nueva Universidad, y su recuerdo nos parece como una absurda pesadilla... En los primeros dos o tres años, menudearon los expedientes de incapacitación y de eliminación; pero estas amputaciones de miembros atrofiados han dejado de ser necesarias.

Y el doctor Sáenz nos explica, con palabras alentadoras, cómo este espíritu juvenil de los estudiantes, esta opinión pública estudiantil, debidamente organizada, es la palanca de renovación que evita que el ambiente de la Universidad se estanque y se enrarezca. Porque la masa estudiantil, en constante retoño e incesante cambio, es corriente siempre viva, y unas generaciones de estudiantes se suceden a otras, cada una con sus afanes juveniles, mientras el cuerpo profesoral va envejeciendo espiritualmente, por ley fatal, con cada día que pasa. Además el estudiante, que es hombre y ciudadano, lleva a los claustros el aire de la calle y de la vida, los anhelos de fuera, y vela porque no se rompa el contacto entre la Universidad y el pueblo. Conferencias de extensión universitaria, ciclos

de cultura popular, que muchas veces explican los propios estudiantes, llevando la voz de la Universidad a los círculos obreros, a asociaciones profesionales, al campo, siempre naturalmente sin distingos de matices políticos, aseguran esta cohesión de las cátedras con la vida. La Universidad, como está bien segura de su vigor y su vitalidad, no teme este choque con las necesidades populares, en que no siempre es ella la que enseña. Es una fecunda traslución de valores y un intercambio constante de magisterios.

Al soplo de la nueva reforma estudiantil—continúa diciendo el profesor Sáenz—surgió, y se mantiene cada día más pujante, una soberbia floración de institutos, laboratorios, seminarios, bibliotecas... una serie de instituciones y métodos de enseñanza que acabaron con el monólogo mecánico y retórico de la cátedra estéril, que hacia de estudiante un pobre engendro pasivo de recepción, y le convirtieron en miembro activo y productor de una comunidad de trabajo.

Esta magnífica perspectiva, que en otros sitios había sido el producto de una larga evolución orgánica, pudo implantarse entre nosotros—nos reiteró el doctor Sáenz—gracias al noble entusiasmo y a la fervorosa pasión de lucha de nuestra juventud escolar. Sin eso, los esfuerzos individuales de los maestros ansiosos de la renovación, se hubieran perdido en la esterilidad y en el vacío. El movimiento estudiantil fué el que convirtió en caudal vivo y fecundador sus clamorosas enseñanzas.

Aún hablamos mucho tiempo con el Decano de Buenos Aires de estos problemas cardinales de la Universidad. Hablamos, sobre todo, de la organización actual que en las de su país asegura la eficacia de la fiscalización estudiantil y la vitalidad de la reforma en sus tres aspectos cardinales: métodos de enseñanza, selección de profesorado y organismos directores. De estos puntos, tan interesantes y tan ejemplares para nosotros, hemos de tener ocasión de tratar aquí no tardando.

De esta provechosa conversación tan llena de sugerencias, sólo queremos recoger ahora, como culminante, la enseñanza luminosa que el maestro argentino nos ofreció con el cálido fervor de su palabra: la salvación de la Universidad, y con ella los destinos de nuestro pueblo, se hallan en manos de la juventud estudiantil.

SALVADOR M.^a VILA

UN CATEDRÁTICO

*Un catedrático, lector amigo,
no es siempre un hombre reaccionario
con unas barbas hasta el ombligo
y un traje sucio y estrafalario...*

*Un catedrático no es siempre un cuco,
que al poder nunca pone reparos,
y cuyo solo y único truco
es vender textos bastante caros...*

*Un catedrático no es siempre un maula
que explica en clase rancias verdades
y a quien importan, fuera dei aula,
cuatro cominos las Libertades...*

*Un catedrático no es siempre un genio
que explica absurdos una hora al día
y a quien importa más su quinquenio
que su mermada ciudadanía...*

*Un catedrático no es una momia
ni un viejo fósil reaccionario.
De aquesto debe ser la antinomia...*

¡Un catedrático es... Sáenz (don Mario)!

LUIS DE TAPIA

(De La Libertad)

**Este número ha sido
pasado por la censura
militar.**

**Rogamos a los suscriptores cuyas
señas cambien durante el verano, que
nos indiquen su nueva dirección para el
envío del periódico.**

**La correspondencia literaria al Direc-
tor o Redacción de EL ESTUDIANTE
Doctor Riesco, 38, triplicado.**

Imp. de Francisco González, Prior, 16.-Salamanca

LOS POETAS

HUERTO DE INVIERNO

*Se ha hecho blanca ceniza lo que ayer era fuego,
lumbrarada, prodigio de latidos hermanos.
Este huerto que gime como un pájaro ciego,
es el huerto de todos los inviernos humanos.*

*En la tarde se inicia un aleteo
de palomas unánimes, que vuelan a Occidente.
Se amortigua el paisaje sin un claro deseo.
Melancoliza un árbol su canción, dulcemente.*

*Toda hora que nace es un atardecer
en que va desgranando la soledad sus rosas.
El agua que en la acequia espejea, quiere ser
sonrisa... ¡y va diciendo sus tristezas saudosas!...*

*Quiere ser esta linfa como el alma callada,
que se siente sin fuerzas en mitad del camino...
— Dame la mano — dice al viento en la enramada.
— Dame tu viejo báculo, tu sostén, peregrino.*

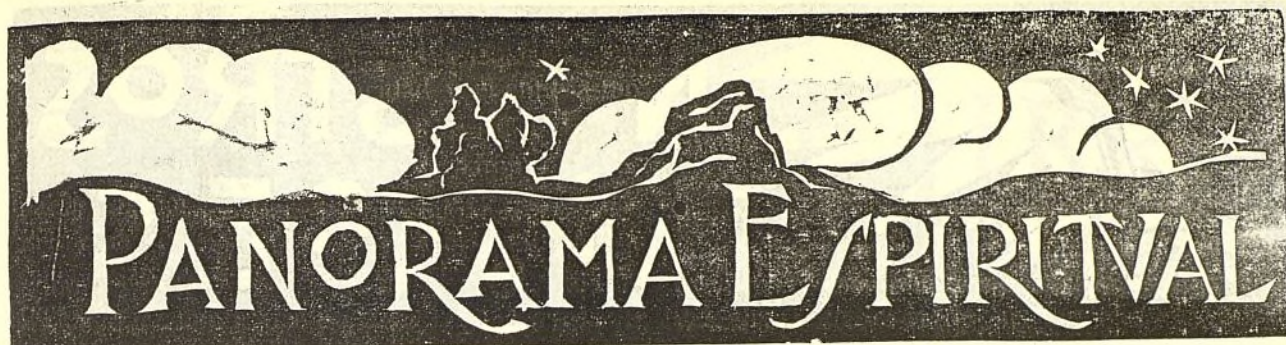
*Y llora... Y en el huerto, que es la serenidad,
vibra un momento el alma de un pasado fragante.
Más la ráfaga pasa; vuelve a ser humildad
y el silencio la envuelve como un dulce sedante.*

*Yo he vivido esta clara juventud que poseo
en el huerto de invierno de mis horas de olvido.
Supe de bellos gestos quemantes del Deseo.
Pero un dolor de raza nació junto a mi nido.*

*En las tardes umbrósas, en que brota un tremor
de angustias infinitas bajo el cielo,
también hay una linfa en mi huerto interior,
que se agita convulsa, en brazos del Anhelo...*

*Y llora... Y en mi huerto, que es la serenidad,
se oye una sobrehumana voz de desolación.
— Dame la mano, hermano — dice con ansiedad.
(¡La linfa que habla allí es mi corazón!..)*

JUAN REJANO



El homenaje de la juventud intelectual a Mario Sáenz.

Si nuestros lectores hubieran asistido al banquete que la juventud estudiosa dedicaba al doctor Mario Sáenz, se hubieran convencido de que no somos, como algunos suponen, los enemigos de las fiestas y las expansiones del espíritu, y que lejos de creer que "debe entenebrecerse la vida, reduciéndola a desempolvar mamotretos" en un archivo, somos los más entusiastas cooperadores a cuanto signifique fraternidad, alegría y entusiasta adhesión a un pensamiento noble.

El comedor del Nacional ofrecía ese día un brillante aspecto. En la presidencia, los señores Pittaluga, don Félix Lorenzo, don Melquiades Alvarez, Tapia, Negrin, Pedroso, Marañón, Araquistain y otros que no recordamos.

La señora del doctor Mario Sáenz y la del escultor Fioravanti, que asisten a la fiesta, con otras muchas, ponen en ella una nota de belleza, y el tipo desgarrado y la cara adormilada del gran Bagaria, le quitan cuanto pudiera tener de etiquetero empaque.

En las mesas, una algarabía de voces juveniles que se expresan con la vivacidad y el entusiasmo de los años jóvenes.

Suenan las primeras notas del Himno Nacional argentino; los comensales se ponen respetuosamente en pie y al terminar estalla una atronadora salva de aplausos con vivas entusiastas a los pueblos libres.

Nuestro amigo Giménez Siles, portavoz de la juventud estudiantil, que no quiere seguir la modorra tradicional, sino que aspira a vivir una vida creada por ella misma, se levanta y lee entre aplausos y vitores infinidad de adhesiones al acto. Sentimos de verdad no poder transcribirlas para que vieran los lectores el sincero entusiasmo que traslucen, tanto las adhesiones que por telégrafo llegaban de toda España (las más, digámoslo con orgullo, de amigos y corresponsales de EL ESTUDIANTE), como los cables enviados de los más diferentes países de la América española.

Terminada la lectura, el mismo Giménez Siles dirige la palabra a los reunidos, y con dicción fácil e impetuosa, habla de la Universidad que muere y

debe morir y canta un himno a la nueva Universidad que se está empezando a modelar en la calle como encarnación de las aspiraciones juveniles.

El señor Balbontín habla en representación de la juventud ateneista. En sus palabras hay vibraciones de odio contra lo añejo y lo podrido y fulguran luces prometedoras que hacen visible no sólo una Universidad, que hoy no existe, sino una España de la que se sentirán orgullosos cuantos hayan contribuido a su formación. Imposible seguir su discurso paso a paso sin unas notas, que no tenemos al trazar estas líneas, pero si recordamos que en su discurso fogoso, de noble elocuencia, se debatían aquella España romántica del esforzado don Quijote, siempre dispuesto a luchar por la verdad y la justicia, y la otra España, la envilecida España del pendenciero Don Juan, que harto de mujeres y de vino, como remate de una juerga, se siente matón y dominante y quiere someter a todos a sus despóticos caprichos.

Luego aquellas notas arrancadas del alma (del alma personal y del alma nacional) para decir a los americanos que no nos juzguen por la conducta de cuatro desalmados, sino que vean en nosotros los continuadores de aquellos españoles que dejaron en América girones de su vida para vivificar aquel país, teatro de las nobles hazañas.

El doctor Mario Sáenz se levanta y con voz y ademanes reposados habla del paisaje americano y del alma americana, de sus sorpresas y su desencanto al llegar a esta tierra y ponerse en contacto con los doctores oficiales; de cómo su decaído espíritu se sintió renacer al llegar después al alma de la juventud y de cómo esta vigorosa impresión le hace mirar ahora confiado el porvenir, seguro de que los trabajadores del espíritu de acá y de allá de los mares, podrán abrazarse después de haber conquistado las garantías jurídicas necesarias para la vida de los pueblos libres. Hace punto, recordando lo que era la Universidad americana hasta hace muy poco, en que la juventud emprendió la tarea de regenerarla, y termina diciendo que espera confiado que la juventud española luchará con el mismo fervor por la conquista de la nueva Universidad.



NUESTROS HEROES

Saint-Simon.

(La Humanidad se compone de unos hombres que se acuestan y se levantan. Hacer la historia de cada uno, sería decir que se levantaba a tal hora y se acostaba a tal otra. Afortunadamente, hay otra clase de hombres que sobresalen del montón y para éstos se inventó la biografía: historia de un hombre historiable. Estos son Nuestros héroes.)

El 19 del pasado mes, se celebró en París el centenario de Saint-Simon, uno de esos hombres por quienes la Humanidad merece ser mirada con respeto.

Claude Henri de Rouvray, conde de Saint-Simon, nació en París en 1760.

A los 13 años, después de largas discusiones y protestas con sus parientes, se niega a tomar la comunión, alegando una serie de razones que a todos extrañan por lo nuevas y lo atrevidas.

Se empiezan a dibujar los rasgos sinceros y decididos que han de caracterizarle.

Al año siguiente, se cauteriza el mismo, con un carbón ardiendo, la herida que le ha hecho un perro rabioso.

Por años, por meses, por días, se ve desarrollarse en su espíritu la concepción de una Humanidad mejor que la que le rodea, aquejada por enfermedades, vicios y lacras que hay que desarraigar, contra los que hay que luchar para que llegue un momento en que los hombres sonrían y no vivan aplanados por el peso de lo heredado.

A los 15 años, su criado tiene orden de despertarlo todas las mañanas, con estas palabras: «Recuerde, señor Conde, que tiene grandes cosas que hacer».

Contra la opinión de sus aristocráticos parientes, que todo lo encuentran mal, asiste con extraordinario entusiasmo a las clases de Matemáticas y Fisiología, primero en la Escuela Politécnica y después en la Escuela de Medicina. Devora libros con un deseo nunca saciado, escucha a los profesores con un interés cada vez mayor, se rodea de los hombres más eminentes de Francia en todas las manifestaciones del saber y adquiere tan rápida nombradía, que puede decir a Mme. Staël al pedirle su mano: «V. es la

mujer más notable de la época y yo soy el hombre más grande. Aceptad mi mano y tendremos unos hijos que serán el asombro del mundo».

Un día se entera de que las colonias inglesas de América se han levantado contra la metrópoli y enseguida se alista en el ejército de Washington.

Este hombre todo decisión, todo energía, todo bondad, se sorprende, antes que de nada, de la elevada posición de los que en aquella época regían los destinos de Francia, se maravilla de como pueden parecer respetables una serie de figurones, y escribe aquellas palabras célebres: «Suponed que Francia pierde 50 de sus mejores matemáticos, 50 de sus mejores físicos, 50 de sus mejores fisiólogos, 50 de sus mejores... y así va enumerando hasta 3.000 hombres de Ciencia. ¿Qué nos ocurriría? Que Francia sería un cuerpo sin alma y que se necesitaría por lo menos la vida de una generación entera para poder llenar ese enorme vacío».

Suponed, ahora, que muere Monsieur (el hermano del Rey de Francia) los ministros, los mariscales, los cardanales, los prefectos, y además 10.000 ricos vagos. Haced que todos estos sumen 30.000. ¿Sufriría por esto algún perjuicio la nación? Ninguno; ni el más pequeño, porque a toda esa gente se la reemplazaría con la mayor facilidad».

Cuando en toda Europa el vago rico merece todo los respetos, él escribe en sus *Lettres à un américain*: «Fué en América donde primero concebí el deseo de ver florecer en mi propio país esta flor del otro mundo. Mi espíritu se entusiasmaba con el espectáculo de un pueblo nuevo hostil a la guerra, exento de prejuicios de casta y ansioso de enriquecerse por el trabajo. Esto me hizo concebir una sociedad sin vagos».

A los desprecios de Mme. Stael que necesariamente tenían que hacer mella en un espíritu tan altivo y tan apasionado, se unieron la enfermedad y a éstas la pérdida de la cuantiosa fortuna de su madre.

El viejo criado Diard que le había recogido en su casa muere en 1810 y Saint-Simon se encuentra desamparado de todos.



Manía deportiva.

SIEMPRE, en todas las épocas, ha habido algo que sobresale, que apasiona y hace prosélitos. Si hubo un tiempo, por ejemplo, en que estuvo de moda el vals, actualmente, los deportes hacen furor; todo es en efecto, deportivo, los gustos, la moda, las conversaciones... Hace poco ha hecho su aparición otra tendencia apasionante, la radiomanía, que viene a ser también un nuevo deporte inalámbrico.

Hay, pues, una amenazadora ola deportiva que arrastra multitud de juveniles voluntades, de viriles esfuerzos y quien se oponga a ella será arrollado, luego de pasar por antigualla e inadaptado. Y sin embargo al deporte tal como generalmente se practica, hay que oponer no pocos peros e inconvenientes, como afirma rotundamente un técnico, una de las más prestigiosas autoridades en la materia, Mr. J. Hebert. En efecto, este publicista, autor de un bello e interesante libro que recomendamos a los lectores de EL ESTUDIANTE, titulado «Músculo y Belleza plástica femenina», que viene a ser un breve curso de helenismo, en el que por medio de fotografías y gráficos se adquiere la noción de la verdadera belleza plástica, publicará en breve una nueva obra, que de seguro levantará una densa polvareda de comentarios y discusiones, un libro antideportivo, un libro contra el deporte.

Resulta, según las estadísticas de Mr. Hebert, que nuestra generación, genuinamente deportiva, es más débil que la anterior; los jóvenes del siglo pasado eran positivamente más fuertes que nuestros flamantes deportistas. Y si esta aseveración asombra un poco al lector, le invitamos a que piense con nosotros y verá como no hay motivo de sorpresa.

Para la mayoría, el deporte es un fin; idealista o industrial, como ustedes quieran, pero un fin y el deporte no debe ser un fin, sino un medio. Conviene señalar también que los directores del deporte («directivos», según la jerga en uso) y cronistas deportivos le orientan por un camino que juzgamos equivocado; en estos tiempos hay mucha gente entregada a la búsqueda febril del campeón; es decir, al deseo de

hallar uno que supere al más apto, y este afán que viene a ser la tuberculosis del deporte puede aplicarse a todas las manifestaciones de éste.

Las consecuencias de este equivocada dirección saltan a la vista; entre otras razones, porque se tiende al desarrollo físico parcialmente, y el deporte—¿quién lo ignorará?—debe tender al completo desarrollo muscular, que es, en resumen, obra de belleza.

Pues lejos de esto, siguiendo la trayectoria del profesionalismo, se dan casos que asombran; casi todos los corredores ciclistas que tomaron parte en la «vuelta a Francia», en los diez o doce días que duró la prueba disminuyeron notablemente de peso. Así los carreristas adquirirán velocidades inusitadas, poseerán una agilidad extraordinaria en las piernas, pero no sucederá lo mismo con otros miembros.

Y si el deporte empobrece, agota y deforma habrá que huir de él. Es pues, necesario luchar contra este mal moderno, el «campeonismo», que amenaza debilitar la raza, exigiendo de ella un inútil derroche de energías, todo para «batir el record», para sobrepasar al anterior. Oriéntense los deportes, no en ese sentido profesionalista y agotador del campeonismo, sino en otro más noble y más elevado, de lograr una raza fuerte de completo desarrollo muscular, dura y resistente, además de bella y estética, aunque sucumban los campeones.

G. C.

**Correspondencia y giros al
Sr. Administrador de EL ESTU-
DIANTE, Vera-Cruz, 1.^a, núm. 26,
pral. izquierda**

GAVDEAMV!

Las dos Clerecías.

Señores, no hay seres más desdichados que nosotros, los pobres hacedores de EL ESTUDIANTE. ¡Quien se vió en trance tal! Imagínense ustedes que, al mismo tiempo que el padre Clairac (S. J.), fulmina contra nosotros anatemas desde el púlpito de la Clerecía, los "socialistas", de "El Socialista", y de otras muchas sucursales del trust, nos atacan denodadamente como anarquistas... ¡y jesuitas disfrazados!

Habrà acaso candorosos a quienes este misterio parezca antinomia irreductible. A nosotros, no. Nosotros hace tiempo que hemos llegado a la raíz de estos misterios, y de muchos otros. Y sabemos que hoy el "socialismo", español y el jesuitismo no son cosas muy distintas, ni son cosas muy distintas la Clerecía y la Casa del Pueblo.

Mientras Largo Caballero autorice con su presencia en el Consejo de Estado (el votar en contra, formalistamente, entró acaso en el pacto) las concesiones de la Trasatlántica comillense, será difícil demostrar que hay una gran diferencia entre las sotanas de los Padres y esos chaquets cortados de blusas de obrero. Mientras los cabecillas, jefes y sotajefes de estas pobres menadas obreriles no salgan del palacio del Procónsul de fumar habanos y darse palmaditas cariñosas de compadrazgo, no va a ser fácil hacernos ver el antagonismo que separa a la redacción del diario obrero de una sacristía. Mientras los sindicatos de tipógrafos "y similares", continúen mandando sus banderas de combate revolucionario a bordar en los conventos de monjitas, la divergencia no va a ser muy palmaria. Mientras haya altos personajes del partido, inciensados y reverenciados, que vengan a postarse de hinojos, transidos de goce inefable, a los pies de la santa de Alba de Tormes y a deshojar claveles rojos en banquetes ofrecidos por los hermanos de la cofradía antediluviana, serán perdidos los esfuerzos que se hagan para convencernos de la enemiga.

Todos tienen qué conservar, todos tienen qué temer, todos tienen qué defender. Por eso unos y otros se enfurecen y ladran, como mastines de un mismo predio, tan pronto como ventean el menor airecillo de agitación, la más pequeña ráfaga que venga a conmover un poco la charca tranquila. El Pobre Marx ingénuo, cuando decía que los obreros no tenían "nada que perder", no se refería, naturalmente, a estos directores "obreristas", a quienes el miedo insuperable de perder o de no ganar convierte en damas catequistas de

la "Conferencia", aterradas del más leve soplo de rebeldía juvenil.

¿Se enteran ustedes ahora del por qué se vienen sobre nosotros, feroces, a un tiempo mismo, el bendito padre Clairac (S. J.) y los timoratos "socialistas",?

«Los amigos de la Universidad»

En Salamanca se ha constituido una "Sociedad de Amigos de la Universidad",

Por supuesto, los amigos de esta Universidad, de esta mentira de Universidad, los que viven de ella y del estado social que legitima, como viven del rico sus «amigos» sin abandonarle mientras tenga algo a qué convidar.

Estos «amigos» son pocos, pero buenos, escogidos. Lo mejor de cada casa. Lo más lucido de cada gremio. Nosotros les diremos a ustedes quiénes son. Son: un canónigo, un catedrático (canónigo de este otro cabildo, al que hoy se llama «Universidad»), el director del periódico «de los curas» (¡como si hubiera alguno aquí en esta aurea Salmantica que no lo fuese!), el rabudán de ese puñado de estudiantes Luises que se hacen un estandarte de guerra de su título de «católicos», y...—ya lo han adivinado ustedes—¡un representante de los «obreros socialistas».

¿Magnífico, verdad? ¡Los socialistas, «amigos» de esta Universidad española de hoy, que es un vivero de señoritismo y una oficina expendedora de títulos que son monopolio de la burguesía! ¡De esta Universidad, que es el valladar más sólido contra todas las corrientes de anhelo por una justicia social menos irrisoria que está de los abogados que salen de sus aulas!

¿Tiene algo de extraño que nos combatan enfurados estos «amigos de la Universidad», de esta Universidad de privilegios y mentiras contra la que nosotros venimos a luchar con toda la fuerza de nuestra pasión?

De la dirección y representación de EL ESTUDIANTE en Madrid se ha hecho cargo DON RAFAEL GIMENEZ SILES, Presidente de la Asociación de Estudiantes de Farmacia. Sus señas: Ateneo, Prado, 21.

Guía profesional

MEDICOS

DOCTOR ISIDORO JUAREZ.—Medicina general. Avenida de Mirat, 14.

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR MEZQUITA.—Garganta, nariz y oídos. Rua, 8.

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina. Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico, San Justo, 10.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rua, 25.

DOCTOR SOLER.—Medicina general. Consulta de doce a dos. San Justo, 49.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Canalejas 7.

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

CTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.—Medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Plaza de la Libertad, 9.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad, consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITE VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juan de Sahagún.

DR. DIEZ RODRIGUEZ.—Cirugía. Profesor del Hospital. Meléndez, 36.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una. Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. FILIBERTO VILLALOBOS.—Rayos X. Plaza de la Libertad.

DR. JOSÉ MÉNDEZ PÉREZ.—Del Hospital de San Juan de Dios. Piel y sifilíticas. Mercado, 54.

DR. SERAFIN GIL.—Médico-dentista. Dr. Riesco, 12 y 14.

MATIAS LUDENA.—Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria. Plaza Mayor, 10.

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 21.

D. FLORENCIO MARCOS MARTIN.—García Barrado, A.

D. TOMAS MARCOS ESCRIBANO.—Consuelo, 18.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. RAFAEL GONZALEZ COBOS.—Azafranal, 7.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. MANUEL REYMUNDO TORNERO.—Doctor Riesco, 44.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLLOS.—Sánchez Barbero, 19.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal. número, 27.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.

D. EDUARDO JARRIN GARCIA.—Ronda de Córpus, 43.

